

pía!... La frente se me ha cubierto de helado sudor y me he desmayado.

—¡Justicia divina!—exclamó Pablo.

—No sé cuánto tiempo he permanecido sin conocimiento; lo único que recuerdo es que, cuando me he recobrado, el dormitorio estaba silencioso como una tumba. Mi madre y el ministro de Dios habían desaparecido, y junto al lecho ardían dos cirios. Entonces he abierto la puerta, he lanzado una mirada á aquél, y me ha parecido ver, por encima de la sábana que lo cubría por entero, la forma envarada de un cadáver. ¡Ay! he adivinado que todo había concluído. Dominada por el fúnebre temor que me causaba aquella escena y por el piadoso deseo de levantar la sábana y besar por la postrera vez, antes de que sellasen el féretro, la venerable frente de mi padre, no acertaba á moverme; pero ha podido más el miedo, y un terror penetrante, invencible, mortal, me ha impelido fuera del dormitorio. Entonces he descendido la escalera, no sé cómo, y aun creo que sin tocar los escalones; he atravesado aposentos y galerías, y por fin, y conociendo en el frescor del ambiente que me encontraba fuera del castillo, he echado á correr como una loca. Y es que me he acordado de que usted me había dicho que le encontraría aquí, y hacia aquí me impelía no sé qué instinto. Parecíame que me perseguían fantasmas.

Mire usted si tenía trastornado el juicio, que al doblar la esquina de una alameda he creído ver á mi madre... toda enlutada... andando silenciosamente, como un espectro. ¡Oh! entonces, entonces... el terror me ha prestado alas. He echado á correr, primeramente sin seguir camino alguno; luego me han flaqueado las fuerzas, y entonces es cuando usted ha oído mis voces. Todavía he dado algunos pasos, y he caído junto á esta puerta? ¡oh! si no la hubiese usted abierto, hubiera rendido el aliento en el sitio, pues era tal mi turbación, que sin cesar me parecía... ¡Silencio!—murmuró prontamente Margarita; — ¡silencio!... ¿oye usted?

—Sí—respondió Pablo apagando la lámpara;—sí, es ruido de pasos...

—¡Mire usted! ¡mire usted!—prosiguió Margarita envolviéndose en las cortinas de la ventana y escondiendo también en ellas á Pablo;—¡mire usted!... no me había equivocado: era ella.

En efecto, en aquel iustante se abrió la puerta de la casita, y la marquesa, enlutada, pálida como un espectro, entró lentamente, cerró tras sí y con llave la puerta, y sin ver á Pablo ni á Margarita, cruzó el primer aposento y entró en el segundo, donde estaba tendido en su lecho el anciano, al que se acercó como se acercara al lecho del marqués, si bien

con la diferencia que ahora no le acompañaba sacerdote alguno.

—¿Quién es?—preguntó Achard separando una de las cortinas de su lecho.

—Yo—respondió la marquesa apartando la otra.

—¡Usted, señora!—profirió con espanto el anciano servidor.—¿Qué viene usted á buscar al lecho de un moribundo?

—Vengo á proponerle un convenio.

—Para perder mi alma, ¿no es eso?

—Al contrario, para salvarla.

Achard, en este mundo no necesitas más que una cosa—prosiguió la marquesa inclinándose hasta la cama del moribundo:—un sacerdote.

—Se ha negado usted á enviarme el del castillo.

—Si quieres, dentro de cinco minutos estará presente.

—Pues hágalo usted venir—repuso el anciano;—pero, créame usted, no pierda el tiempo... apresúrese...

—Pero ¿me darás tú la paz en la tierra si yo te doy la del cielo?—preguntó la marquesa.

—¿Qué me es dable hacer en pro de usted?—murmuró el moribundo cerrando los ojos para no ver á aquella mujer cuya presencia le helaba la sangre.

—Tú necesitas de un sacerdote para morir... ya sabes lo que yo necesito para continuar viviendo.

—¡Usted quiere cerrarme las puertas

del cielo haciéndome cometer un perjurio!

—Quiero abrírtelas por medio de un perdón.

—Ya lo he recibido.

—Y ¿de quién?

—De quien tal vez sea el único que tiene el derecho de concedérmelo.

—¿Por ventura Morlaix ha descendido del cielo?—preguntó la marquesa con acento en el que se traslucía tanto temor como ironía.

—No—respondió el anciano;—pero ¿ha olvidado usted, señora, que el conde dejó un hijo en la tierra?

—¿Con que también lo has visto tú?—exclamó la marquesa.

—Sí—respondió Achard.

—¿Y se lo has contado todo?

—¡Todo!

—¿Y los papeles que justifican su nacimiento?—preguntó la marquesa con ansiedad.

—El marqués no había fallecido aún. Los papeles yo los conservo

—Achard,—profirió la marquesa cayendo de rodillas al pie de la cama;—Achard, compadécete de mí, apiádate de mi desventura.

—¡Usted de rodillas en mi presencia, señora!

—Sí, Achard—dijo la marquesa con ademán de súplica,—estoy de rodillas ante tí, y te ruego y te imploro, pues

tienes la honra de una de las más antiguas familias, mi vida pasada, mi porvenir... Esos papeles son mi corazón, mi alma, más, mi apellido, el de mis antepasados, el de mis hijos; y tú sabes cuánto he padecido para conservar sin tacha mi apellido. ¿Crees tú que yo no anidaba en mi corazón, como las demás mujeres, afectos de amante, de esposa y de madre? Pues bien, los he agotado todos uno tras otro, y la lucha ha sido larga. Tengo veinte años menos que tú, Achard; estoy llena de vida y tú vas á morir. Y, sin embargo, mira: tengo los cabellos más canos que los tuyos.

—¿Qué está diciendo? — murmuró Margarita, que se había acercado al segundo aposento lo suficiente para ver lo que en él pasaba.—¡Oh! ¡Dios mío!

—Escucha, escucha, hija mía—repuso Pablo;—Dios permite que todo sea revelado de esta suerte.

—Sí — murmuró Achard debilitándose;—sí, usted ha dudado de la bondad del Omnipotente; ha olvidado que Jesucristo perdonó á la mujer adúltera.

—Pero cuando los hombres encontraron á Jesús, iban á lapidarla. Si los hombres, que durante veinte generaciones se han acostumbrado á respetar mi apellido y á honrar á mi familia, supiesen lo que, gracias á Dios, se les ha ocultado hasta lo presente, por él no sentirían más que desprecio. ¡Oh! sí... he padecido

tanto, que Dios me perdonará; pero los hombres... los hombres son implacables; no perdonan. Por otra parte, ¿estoy únicamente yo expuesto á sus injurias? ¿A ambos lados de mi cruz no tengo á mis dos hijos, de los cuales el otro es el mayor? El otro es hijo mío, lo sé, como lo son Manuel y Margarita; pero ¿me cabe el derecho de dárselo por hermano?... ¿Olvidas tú que á los ojos de la ley el otro es hijo del marqués de Auray? ¿que es el primogénito, el jefe de la familia, y que para que todo le pertenezca, título y fortuna, basta que invoque esa misma ley? Y entonces ¿qué le queda á Manuel? ¿una cruz de Malta! ¿Y á mi hija? ¿un convento!

—¡Oh! sí, sí—dijo Margarita á media voz y tendiendo los brazos hacia la marquesa—sí, un convento donde pueda rogar por usted, madre mía.

—¡Silencio! ¡silencio!—dijo Pablo á la joven.

—¡Oh! usted no lo conoce, señora—murmuró el moribundo con voz que iba apagándose por momentos.

—No, pero conozco al género humano—respondió la marquesa.—El otro no tiene apellido ni fortuna y puede hallar uno y otra; ¿y tú crees que va á renunciar á esa fortuna y á ese apellido?

—Sí, si usted se lo pide.

—Y ¿con que derecho se lo pediría yo?—prosiguió la marquesa.—¿Con qué

justicia le rogaría que se compadeciese de mí, de Manuel y de Margarita? «No la conozco á usted, señora, me diría; no la he visto á usted nunca. Sólo sé que es usted mi madre.»

—En nombre de él—balbuceó Achard, al que la muerte empezaba á paralizar la lengua;—en nombre de él me comprometo... juro... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

La marquesa se levantó y siguió en el rostro del moribundo los progresos de la agonía.

—¡Te comprometes!... ¡juras!...—dijo la marquesa.—¿Está él aquí, por ventura, para ratificar el compromiso? ¡Te comprometes!... ¡juras!... ¡Ah! ¡y tú quieres que sobre tu palabra juegue yo los años que me quedan de vida contra los minutos que te separan de la muerte! Te he rogado, te he implorado; por última vez te ruego y te imploro: dame esos papeles.

—Pertenece á él, señora.

—¡Los necesito!—prosiguió la marquesa, cobrando fuerza á manera que iba debilitándose el moribundo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡apiadáos de mí!—murmuró el anciano.

—Nadie puede venir—repuso la marquesa.—¿No me has dicho que la llave esa la llevas siempre contigo?

—¡Qué! ¿Se atrevería usted á arrancarla de las manos de un moribundo?

—No, aguardaré—respondió la marquesa.

—¡Déjeme usted morir en paz, señora!—profirió Achard descolgando de su cabecera el crucifijo é interponiéndolo entre él y la marquesa. ¡Salga usted! ¡salga usted! ¡en nombre del Crucificado!...

La marquesa cayó de rodillas, agobiando la cabeza hasta el suelo. Cuanto al anciano, permaneció un instante en aquella postura terrible; y cayó nuevamente en el lecho, poniendo los brazos en cruz y descansando sobre el pecho la imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

Tomó la marquesa la orilla de las cortinas del lecho, y sin levantar la cabeza las cruzó de modo que velasen la agonía del moribundo.

—¡Que horror!—murmuró Margarita.

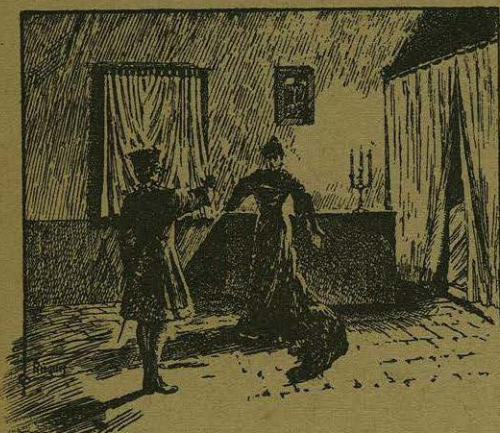
—¡De rodillas y oremos!—dijo Pablo.

Entonces transcurrió un momento solemne y terrible, sólo interrumpido por el estertor del moribundo, estertor que fué debilitándose más y más hasta que cesó por completo. Todo había concluído: el anciano estaba muerto.

La marquesa de Auray levantó despacio la cabeza, abrió los ojos llena de ansiedad, y por último, y sin separarlas, introdujo la diestra por la abertura de las cortinas, para tras algunos esfuerzos retirarla junto con la llave. Enton-

ces se levantó silenciosamente, y con el rostro vuelto hacia el lecho se encaminó al armario; pero en el instante en que iba á introducir la llave en la cerradura, Pablo, que espiaba todos los movimientos de la marquesa, entró en el aposento y asiéndola del brazo, le dijo:

—Déme esa llave, madre mía, pues



Déme esa llave, madre mía, pues el marqués ha fallecido y los papeles me pertenecen.

el marqués ha fallecido y los papeles me pertenecen.

—¡Justicia divina! — exclamó la de Auray retrocediendo llena de espanto y cayendo en un sillón: — ¡justicia divina! ¡es mi hijo!

—¡Oh, Dios de misericordia! — murmuró Margarita arrodillándose en el aposento, ¡es mi hermano!

Pablo abrió el armario y sacó de él la cajita que contenía los papeles.

VI

La voz de la conciencia

A pesar de que, en medio de los accidentados acontecimientos de aquella noche memorable que, al hacer asistir á Margarita á dos agonías la condujeran por modo tan providencial al descubrimiento del secreto de su madre, Pablo no había olvidado las palabras de muerte cruzadas la vispera entre él y Lectoure; y cómo éste probablemente no hubiera sabido dónde encontrarle, el marino creyó del caso ahorrar la molestia de buscarle. A eso de las seis de la mañana pues, el teniente Walter se presentó en el castillo de Auray de parte de Pablo para fijar las condiciones del duelo, y encontró á Manuel en la habitación de Lectoure, quien, al ver al oficial, bajó al jardín para que los dos jóvenes pudieran discutir con absoluta independencia.

Walter había recibido de su jefe la orden de que aceptase todas las condiciones; así es que la discusión preliminar terminó pronto. Manuel y Walter convinieron en que el duelo se verificaría á las cuatro de la tarde del mismo día, á

orillas del mar, junto á la cabaña del pescador situada entre Puerto Luís y el castillo de Auray. Respecto á las armas llevarían pistolas y espadas al sitio designado, y una vez en él se resolvería de cuáles deberían servirse los adversarios: con el bien entendido que á Lecoultre le correspondía la elección, por ser el insultado.

Respecto de la marquesa, anonadada de pronto, como hemos visto, por la inesperada aparición de Pablo, muy en breve recuperó la energía de su carácter, y echándose el velo sobre el rostro, salió del aposento mortuorio y atravesó la primera pieza, que había quedado envuelta en sombras. De consiguiente, no vió en ella á Margarita, arrodillada y muda de admiración y de terror.

La resolución que tomó la marquesa fué alejar cuanto antes del castillo de Auray á Manuel y Margarita, pues sobre todo á sus hijos era á quienes quería ocultar lo que probablemente iba á pasar entre Pablo y ella.

A las siete, y al oír el ruido que hacía el teniente Walter al marcharse, la marquesa tendió la mano, tomó una campanilla y llamó, y á poco asomó en el umbral del salón un criado que ostentaba la misma librea que en la víspera, lo cual era indicio de que tampoco él se había acostado.

—Diga usted á la señorita Margari-

ta de Auray que su madre la está aguardando en el salón—profririó la marquesa.

Obedeció el criado, y la marquesa tomó de nuevo, taciturna é inmóvil, su primera actitud, hasta que poco después volvió lo cabeza al oír un ligero ruido. Era Margarita. La joven quizás con más respeto que nunca, tendió la mano á su madre para que ésta le diese á besar la suya; pero la marquesa, como si no hubiese comprendido la intención de su hija, no se movió más que una estatua. Margarita dejó caer la mano y aguardó sin proferir palabra. También ella llevaba el mismo traje que la víspera.

El sueño había pasado por la tierra olvidando el castillo de Auray y á sus habitantes.

—Acérquese usted—dijo la marquesa de Auray.—Margarita avanzó un paso.

—¿Por qué—prosiguió la marquesa—está usted tan pálida y tan trémula?

—¡Señora!—murmuró Margarita.

—¡Diga usted!—repuso la marquesa.

—¡La muerte de mi padre, tan pronta, tan inesperada!—balbuceó Margarita—¡Oh! ¡he sufrido mucho esta noche!

—Sí—profririó la marquesa con voz sorda y fijando en Margarita miradas no exentas de interés;—sí, el arbusto se dobla y se deshoja al embate del viento; sólo la secular encina resiste á todas las tempestades. También yo he sufrido, Margarita; he pasado una noche terri-

ble. Y, sin embargo, heme tranquila y serena.

—¡Dios le ha dado á usted una alma fuerte y severa, señora—repuso Margarita;—pero no hay que exigir la misma fortaleza y la misma severidad á las almas de los demás; las quebrantaría usted, madre mía.

—Por eso no exijo á la de usted sino obediencia—dijo la marquesa dejando caer la diestra sobre la mesa.—Margarita, el marqués á muerto; Manuel es ahora el jefe de la familia; con él va usted á partir al instante para Rennes.

—¡Yo! —exclamó Margarita— ¡yo partir para Rennes! Y ¿por qué?

—Porque la capilla del castillo es demasiado pequeña para celebrar á la vez en ella los esponsales de la hija y los funerales del padre —respondió la marquesa.

—¡Madre!—dijo Margarita con acento indefinible—parecíame que sería piadoso dejar un intervalo más largo entre dos ceremonias tan opuestas.

—La verdadera piedad—arguyó la marquesa—consiste en cumplir la última voluntad de los difuntos. Fije usted los ojos en este contrato y verá en él las primeras letras del nombre de su padre.

—¡Oh!—repuso Margarita— ¿quiere usted decirme si mi padre estaba en su sano juicio y en posesión cabal de su libre albedrío cuando ha trazado estas le-

tras, que ha venido á interrumpir la muerte?

—Lo ignoro, señorita—respondió la marquesa con el tono imperativo y frío que le valiera siempre la sumisión de los que le rodeaban;—lo ignoro, pero si sé que le sobrevive el influjo que le hacía obrar como sé que los padres, mientras viven, representan á Dios en la tierra. Ahora bien, Dios me ha impuesto órdenes severas, y he obedecido. Haga usted lo que yo, señorita, ¡obedezca!

—Señora—repuso Margarita siempre en pie, pero ahora inmóvil y un sí es no es con el acento decidido y terrible de su madre y que ésta le transmitiera con la sangre;—señora, por espacio de tres días, con los ojos arrasados en lágrimas y la desesperación en el alma, me he arrastrado de rodillas, de los pies de Manuel á los de ese hombre, y de los de ese á los de mi padre; ninguno ha querido escucharme; la ambición desenfrenada ó la locura furiosa apagaban mi voz. Por fin me encuentro en presencia de usted, madre mía, de usted que es la última á quien puedo implorar, como asimismo es usted la que más bien debe comprenderme. Escuche usted, pues, lo que voy á decirle: como sólo debiese yo sacrificar á su voluntad mi dicha, la sacrificaría, y también mi amor; pero tengo que sacrificar á usted

mi hijo. Usted es madre, y yo también, señora.

—¡Madre!... ¡madre!...—murmuró la marquesa;—lo es usted por una falta.

—Como quiera que sea, señora, lo soy, y el afecto de la maternidad no necesita que lo santifiquen para ser santo. Pues bien, señora,—pues usted debe saber más bien que yo esas cosas,—dígame: ¿si los que nos han dado vida han recibido de Dios una voz que habla á nuestro corazón, los que han nacido de nosotros no tienen una voz semejante? ¿y cuando estas dos voces se contradicen, á cuál de las dos hay que obedecer?

—No oirá usted nunca la voz de su hijo,—respondió la marquesa—pues ya no volverá usted á verle.

—¡Qué no volveré á ver nunca jamás á mi hijo!—exclamó Margarita—¿y quién puede afirmar que así sea, señora?

—El mismo ignorará quién es.

—¿Y si tarde ó temprano lo sabe?—dijo Margarita, vencida en su respeto de hija por la crueldad de la madre; ¿y si entonces viene á pedirme cuenta de su nacimiento? esto puede suceder, señora.

Y, tomando la pluma, añadió:

—¿Y en esta alternativa debo firmar?

—Firme usted,—respondió la marquesa.

—Pero, prosiguió Margarita poniendo su crispada y temblorosa mano sobre el contrato; ¿y si mi marido conoce un día la existencia de ese niño? ¿si exige satisfacción á mi amante del agravio inferido á su apellido y á su honra? ¿si en duelo encarnizado, solitario y sin testigos... en un duelo á muerte, mataba mi marido al amante, y luego, atormentado por su conciencia, perseguido por una voz que saldría de la tumba, perdiese la razón?

—¡Cállese usted!—exclamó la marquesa llena de pavor, pero sin saber aún si el acaso ó alguna revelación desconocida dictaba las palabras de su hija;—¡cállese usted!

—¡Conque usted quiere—continuó Margarita, que había dicho ya demasiado para detenerse;—conque usted quiere que yo me encierre con un loco, para conservar puro y sin mancha mi apellido y el de mis otros hijos! ¡Conque usted quiere que aleje de mí y de él á todo ser viviente! ¡que me forje un corazón de acero para dejar de sentir, y ojos de bronce para no llorar ya nunca jamás! ¡Conque usted quiere que me vista de luto como una viuda antes de que haya muerto mi marido, y que mis cabellos se vuelvan prematuramente canos!

—¡Cállese usted! ¡cállese usted!—interrumpió la marquesa con voz en la que se conocía que la amenaza empeza-

ba á ceder al temor—¡cállese usted!

—Conque usted quiere que yo—prosiguió Margarita arrebatada por la amargura de su dolor—para que ese terrible secreto muera con los que lo guardan, aparte de sus lechos funerarios á los médicos y á los sacerdotes, y que, de agonía en agonía, vaya yo misma á cerrar, no los ojos, sino la boca de los moribundos!

—¡Cállese usted!—exclamó la marquesa retorciéndose los brazos;—¡por Dios, cállese usted!

—Pues bien—prosiguió Margarita—vuelva usted á instarme para que eche mi firma y sucederá cuanto acabo de decir, y se cumplirá entonces la maldición del Señor: «Las faltas de los padres caerán sobre sus hijos hasta la tercera y la cuarta generación.»

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó la marquesa rompiendo en sollozos—¡cuánta humillación la mía! ¡qué terrible castigo!

—¡Perdón, perdón, señora!—dijo Margarita rendida por las primeras lágrimas de su madre y cayendo de rodillas—¡perdón! ¡perdón!

—¡Sí, perdón—repuso la marquesa acercándose á Margarita—pide perdón, hija desnaturalizada; pide perdón después de haber empuñado el látigo de la venganza eterna y cruzado con él el rostro de tu madre!

—¡Perdón! ¡perdón!—exclamó Margarita—¡no sabía lo que decía, madre mía! ¡Me había hecho perder usted la razón! ¡Estaba loca!

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!—profirió la marquesa extendiendõ las manos sobre la cabeza de Margarita; vos habéis oído las palabras que han brotado de la boca de mi hija, y no me atrevo á esperar que vuestra misericordia llegue hasta olvidarlas; pero, en el momento de castigarla, acordáos de que yo no la maldigo!

Dichas estas palabras, la marquesa se encaminó á la puerta; Margarita intentó detenerla, pero aquélla volvió el rostro y miró á su hija con expresión tan terrible, que ésta, sin necesidad de más advertencia, soltó la fimbria del vestido de su madre y permaneció con los brazos tendidos hacia ella, jadeante y sin voz, hasta que la marquesa hubo salido; luego, y cuando ya no la vió, cayó de espaldas dando un grito tan doloroso, que no parecía sino que aquella alma que tanto había padecido acababa por fin de quebrantarse.

VII

Los tres hermanos

De seguro que á mis lectores les admirará que después del ultraje inferido por Pablo al barón de Lectoure, el duelo no se hubiese fijado para aquella misma mañana; pero el teniente Walter, que era el encargado de establecer las condiciones del duelo con el conde de Auray, había, como hemos dicho, recibido de su jefe la orden de hacer todas las concesiones, excepto una: Pablo no quería batirse hasta el fin del día. Y es que el joven capitán había comprendido que hasta el momento en que habría desenredado aquel drama singular en el cual, metido al principio como extraño, se encontraba á la postre colocado como jefe de familia, su vida no le pertenecía y, por lo tanto, no tenía el derecho de arriesgarla. Por lo demás el plazo que se concediera á sí mismo el joven no era largo, y Lectoure, que ignoraba con qué propósito su adversario se reservara este plazo, lo había aceptado sin oponer grandes dificultades. Pablo, pues, resuelto á aprovechar los instan-

tes, tan pronto juzgó llegada la hora de presentarse en la habitación de la marquesa, se encaminó al castillo.

Los acontecimientos desenvueltos durante la víspera y en aquel día mismo, habían introducido tal turbación en la noble morada, que Pablo entró en ella sin encontrar criado alguno que lo anunciase; ello no obstante, se internó en los aposentos, siguió el camino que ya hiciera dos veces, y al llegar á la puerta del salón, encontró á Margarita tendida en el suelo y desmayada.

Al ver el contrato arrugado sobre la mesa y á su hermana sin sentidos. Pablo adivinó que acababa de ocurrir un nuevo disgusto entre la madre y la hija, más terrible que el anterior. El joven se acercó á su hermana, la levantó en brazos y entreabrió la ventana para que la diese el aire. El estado de Margarita era más bien una postración de fuerzas que un desmayo real: así es que tan pronto se sintió socorrida con una solitud que no daba lugar á dudas respecto de los sentimientos del que acudía en su auxilio, la joven abrió de nuevo los ojos y conoció á su hermano, providencia viviente que Dios la enviara para sostenerla cada vez que se sentía próxima á rendirse.

Margarita contó á Pablo cómo su madre había querido obligarla á firmar el contrato de boda, con objeto de ale-

jarla de sí junto con su hermano, y cómo, vencida por el dolor y arrebatada por la situación, le había dado á comprender que todo lo sabía. Pablo sospechó lo que en aquella hora debía pasar en el corazón de la marquesa, la cual, después de veinte años de silencio, de aislamiento y de angustias, y sin que pudiera adivinar cómo, veía su secreto revelado á una de las dos personas á quienes más le interesaba ocultarlo. De ahí que el joven marino, compadeciéndose del suplicio de su madre, resolviera poner cuanto antes término á él, apresurando la entrevista que le llevara al castillo, y en la que debía poner á la marquesa al corriente de las intenciones del hijo, para neutralizar el regreso del cual hiciera lo humanamente posible. Margarita, por su parte, necesitaba alcanzar el perdón de la marquesa; así es que se encargó de ir á informarla de que el joven capitán aguardaba sus órdenes.

Pablo se quedó solo, y empezaba ya á engolfarse en los pensamientos á que daban vida en él los sucesivos y no interrumpidos acontecimientos que acababan de convertirlo en árbitro soberano de aquella familia, cuando de repente se abrió la puerta lateral y dió paso á Manuel, que llevaba un estuche de pistolas en la mano.

—Iba en busca de usted, caballero,—dijo Manuel colocando las dos pistolas

sobre la mesa y deteniéndose á cierta distancia de Pablo;—y, sin embargo,—continuó,—lo hacía sin saber á punto fijo dónde encontrarle, pues al igual que los genios maléficos de nuestras tradiciones populares, parece usted haber recibido el don de estar en todas partes y en ninguna. Por fin un criado me ha dicho que le había visto entrar en el castillo. Gracias por haberme evitado usted la molestia que decidiera tomarme, al salir una vez más á mi encuentro.

—Me place—repuso Pablo,—que mi deseo en este caso, aunque probablemente inspirado por causas distintas, haya armonizado con el de usted. Aquí estoy, ¿qué quiere usted de mí?

—¿No lo adivina usted, caballero?—respondió Manuel con emoción más y más profunda.—En este caso, y permítame usted que me admire, conoce usted muy mal los deberes de un noble y de un oficial, y es un nuevo insulto que usted me infiere.

—Créame usted, Manuel...—profirió Pablo con voz sosegada.

—Ayer me apellidaba usted conde,—hoy me llamo el marqués de Auray,—interrumpió Manuel con aire de menosprecio y de orgullo;—hágame usted el favor de no olvidarlo, caballero.

Por los labios de Pablo vagó una sutil sonrisa.

—Como decía,—prosiguió Manuel,—

está usted muy poco al corriente de la delicadeza de un noble si se ha dado á entender que yo consentiría que otro evacuase la pendencia que ha venido usted á buscarme. Sí, señor, usted es quien se ha interpuesto en mi camino, no yo quien le ha salido al encuentro.

—El señor marqués de Auray—dijo Pablo sonriendo—olvida la visita á bordo de la *India*.

—Basta de argucias, caballero, y vamos al caso. Ayer, y movido por no sé qué sentimiento singular é inexplicable, cuando le ofrecí á usted, no diré lo que todo noble, lo que todo oficial, sino simplemente lo que todo hombre de corazón acepta al instante sin titubear, se negó usted, y desviando la provocación fué usted á buscar á mi espalda un adversario, no precisamente extraño á la contienda, pero á quien el buen gusto le impedía intervenir en ella.

—Esté usted seguro de que, al obrar como hice, obedecí á exigencias que no me permitían la elección de adversario, —repuso Pablo con la misma calma y la misma serenidad que hasta entonces.— Usted me ofreció un duelo que yo no podía aceptar contra usted, pero que me era indiferente con otro; estoy harto acostumbrado á luchar, y á luchar de un modo mucho más terrible y mortífero, para que á semejante asunto le dé yo más importancia que á uno de tantos ac-

cidentes habituales de mi vida aventurera. Sin embargo, recuerde usted que no soy yo quien vino á provocar este duelo, sino usted quien vino á ofrecérmelo, y que no pudiendo, como le repito que no puedo, batirme con usted, me revolví contra el señor de Lectoure, como lo hubiera hecho contra el señor de Nozay ó el señor de Lajarry; y me revolví contra él, porque se encontraba aquí, á la mano, á mi alcance, y también porque si me veía constreñido á matar á alguno prefería matar un necio inútil é insolente, á un valiente y digno hidalgo rural que se creería deshonrado con sólo soñar que llevaba á cabo el trato infame que le propone á usted el barón de Lectoure.

—Bravo, caballero—dijo Manuel riendo;—continúe usted desempeñando el papel de enderezador de entuertos y de caballero de princesas oprimidas, y siga abroquelándose con el fantástico escudo de sus misteriosas respuestas. Mientras ese rancio quijotismo no se oponga á mis deseos, á mis intereses y á mis compromisos, dejaré que recorra usted tierra y mar, que vaya de uno á otro polo, y me contentaré con sonreirme al verle pasar; pero en cuanto tal locura se me oponga, como en el caso presente; en cuanto en el seno de una familia de la que soy el jefe encuentre á un desconocido que mande y ordene como amo y señor allí

donde solamente yo tengo el derecho de levantar la voz, me dirigiré á él como me dirijo á usted, si me cabe la honra de encontrarle á solas como á usted le encuentro, y seguro entonces de que persona alguna vendrá á interrumpirnos hasta el fin de una explicación indispensable, le diré: «Si no insultado, á lo menos me ha ofendido usted, caballero, al venir á mi casa á contrariarme en mis intereses y en mis afectos de familia. Así, pues, conmigo y no con otro es con quien debe usted batirse, y se batirá usted mal su grado».

—Está usted en un error, Manuel—repuso Pablo;—no me batiré, á lo menos con usted. Es imposible.

—¡Bah! pasaron ya los tiempos de los enigmas, caballero — exclamó Manuel con impaciencia.—Vivimos en una sociedad en la que á cada paso nos codeamos con la realidad. Deje usted, pues, la poesía y lo misterioso á los noveladores y á los trágicos. La presencia de usted en este castillo ha sido señalada con circunstancias sobrado fatales para que debamos añadir lo ilusorio á lo real. Lúsignán, de regreso pese á la orden que le condena á deportación; mi hermana, rebelde por la vez primera á la voluntad de su madre; mi padre, muerto á la sola presencia de usted: tales son las desgracias que le han acompañado á usted, que han venido con usted del otro confín del

mundo como un cortejo fúnebre, y de ellas me debe usted la satisfacción más cumplida. Así, pues, caballero, hable usted de hombre á hombre, á la luz del día, cara á cara, no como un fantasma que se desliza en las tinieblas y huye á favor de la obscuridad vertiendo frases ultramundanas, proféticas y solemnes, buenas únicamente para amedrentar á las nodrizas y á los niños. Hable usted; ya ve que estoy completamente sereno.

—No soy dueño del secreto cuya declaración me exige usted—contestó Pablo con tranquilidad que hacía contraste con el arrebato de Manuel.—Créame y no insista. Adiós.

Pablo dió un paso para retirarse.

—¡Oh!—exclamó Manuel abalanzándose á la puerta y cerrando el camino á su interlocutor—no saldrá usted tan fácilmente, caballero. Nos encontramos á solas en este aposento, donde no le he atraído, sino al cual ha venido usted por sus propios pies. De consiguiente, escuche lo que voy á decirle: á quien ha insultado usted, es á mí; á quien debe usted una reparación, es á mí; con quien se batirá usted, es...

—Está usted loco, caballero—repuso Pablo—ya le he dicho á usted que esto era imposible. Ea, franquéeme usted el paso.

—¡Vaya usted con tiento!—exclamó Manuel tendiendo la mano hacia el estu-

che y sacando de él las dos pistolas— ¡vaya usted con tiento, caballero! Después de haber hecho todo lo humanamente posible para obligarle á usted á portarse como un hidalgo, le puedo tratar á usted como á un bandolero. Usted está aquí en casa ajena, y en ella ha entrado sin saber yo cómo ni por qué; si no ha venido usted para robarnos nuestro dinero y nuestras alhajas, lo ha hecho para robar la obediencia de una hija á su madre y la sagrada promesa de un amigo á otro amigo. Como quiera que sea, es usted un raptor á quien encuentro en el instante en que mete la mano en mi tesoro, tesoro de honra, el máspreciado de todos. Ea, tome esta arma y defiéndase, créame usted —añadió Manuel arrojando una de las pistolas á los pies de Pablo.

—Puede usted matarme, por más que me cabe el convencimiento de que Dios no consentirá tan horrendo crimen—contestó el joven marino apoyando nuevamente el codo en la chimenea y como si continuase una conversación corriente—pero no me constreñirá á batirme con usted. Se lo he dicho á usted y se lo repito.

—Recoja usted esa pistola, caballero —profirió Manuel— ¡recójala usted, le digo! Usted imagina que mi amenaza es vana: desengáñese usted. En estos tres últimos días ha agotado usted mi pacien-

cia y henchido de hiel y de odio mi corazón, y en el transcurso de ellos me he familiarizado con todos los planes que pueden desembarazarme de usted: ó duelo, ó asesinato. No se figure usted que el temor al castigo me detenga: este castillo está aislado, y es mudo y sordo. Ahí cerca está la mar, y todavía no dormirá usted en la tumba cuando yo me encontraré ya en Inglaterra. Así, pues, caballero, por última é irremisible vez le digo que recoja esa pistola y se defienda.

Pablo, sin responder, encogió los hombros, y con un pie repelió el arma.

—¡Pues bien!—profirió Manuel en el colmo de la exasperación ante la serenidad de su adversario; ya que no quieres defenderte como un hombre, muere como un perro.

Y levantó la pistola á la altura del pecho del marino.

En el mismo instante resonó en la puerta una voz terrible: era Margarita, que regresaba, y que á la primera mirada lo había comprendido todo. La joven se abalanzó á Manuel en el instante mismo en que partió el disparo; pero la bala, desviada por la acción de Margarita, pasó á dos ó tres pulgadas por encima de la cabeza de Pablo y fué á estrellar, tras éste, el espejo de la chimenea.

—Hermano mío!—exclamó Margarita acercándose de un solo salto al mari-

no y abrazándole;—¡hermano mío! ¿estás herido?

—¡Tu hermano!—profirió Manuel dejando caer la todavía humeante pistola.
—¿Tu hermano?

—¿Comprende usted ahora, Manuel, por qué no podía batirme con usted?—dijo Pablo con la misma tranquilidad que



...¡Hermano mío!—¿estás herido?

mostrara durante la precedente escena.

En aquel instante la marquesa se presentó en la puerta del salón y se detuvo en el umbral, pálida como un espectro; después tendió en torno de sí una mirada llena de indecible terror, y al ver que ninguno de los presentes estaba herido, fijó en silencio los ojos en el cielo como

para preguntarle si por fin se había aplacado su cólera; luego, y tras algunos segundos de permanecer en acción mental de gracias, los bajó y vió á Manuel y á Margarita que estaban arrodillados á sus pies, y cada uno de ellos le tenía cogida una mano y se la cubría de lágrimas y de besos.

—Gracias, hijos míos—dijo la marquesa después de un corto silencio—ahora dejadme á solas con ese joven.

Margarita y Manuel se inclinaron con el más profundo respeto y obedecieron la orden de su madre.

VIII

La madre y el hijo

La marquesa cerró la puerta tras de la cual habían desaparecido Manuel y Margarita, sus hijos, avanzó algunos pasos sin mirar á Pablo, y fué á apoyarse en un sillón. Pablo sintió impulsos de ir á arrodillarse á su vez delante la marquesa; pero era tal la severidad impresa en el rostro de la dama, que el joven reprimió el ímpetu de su alma y permaneció inmóvil y en expectación.

De esta suerte transcurrieron algunos segundos de glacial silencio, hasta que la marquesa lo interrumpió diciendo:

—Deseaba usted verme, y he venido, caballero; anhelaba usted hablarme, y escucho.

La de Auray vertió estas palabras sin hacer movimiento alguno; más bien le temblaron los labios que no los abrió.

—Sí, señora—repuso Pablo con voz conmovida;—sí, deseaba hablar con usted; hace mucho tiempo que por vez primera me asaltó este deseo y nunca más me ha salido del corazón. Sustentaba yo recuerdos de niño que atormentaban al

hombre. Acordábame de una mujer á quien viera en otro tiempo deslizarse hasta mi cuna, y á la que, en mis sueños infantiles, tomaba por el ángel custodio de mis floridos años. Desde entonces, y por más que estaba tan lejana, quépale á usted la certeza, señora, de que más de una vez me he despertado estremecido cual si acabara de sentir en mi frente un beso maternal, y al no ver á nadie al lado mío, llamaba á aquella mujer, en la creencia de que se había alejado y de que tal vez acudiría á mi voz. Veinte años hace que la llamo de esta suerte, señora, y esta es la primera vez que me responde. ¿Sería cierto, señora, como á menudo lo he imaginado con estremecimiento, que á usted la despavoría la sola idea de verme? ¿Será verdad, como en este instante lo estoy temiendo, que usted nada tenía que decirme?

—Y dado que yo hubiese temido su regreso, caballero—dijo la marquesa con voz sorda—¿hubiera obrado mal? Ayer fué el primer día que se me presentó usted, y he aquí que el terrible misterio que en la hora presente sólo debía ser conocido de Dios y de mí, lo saben mis dos hijos.

—¿Acaso tengo yo la culpa de que Dios se haya encargado de revelárselo?—profirió Pablo.—¿Soy yo quien conduje á Margarita, desconsolada y trémula, ante su moribundo padre, del que iba á